

Entonces todos notaron que la sobrina del viejo enflaquecía, que se marchitaba. ¿Dónde estaban las rosas de sus mejillas y el triunfo carmosí de sus labios? Parecía otra. Grandes ojeras moradas circuían sus ojos; su andar era lento y grave; toda ella mostrábase casi transparente y azul. Cuando al retornar del paseo, se encontraban con un grupo de campesinos, luego de cruzarse, las mujeres se volvían á mirar, diciendo compasivamente: —¡Pobre señorita, so seca!

Y se secaba, se secaba. Los cirios de Noviembre alumbraron sus últimos días. En un largo atardecer otoñal, al fin de una espadaña de sangre, se vidriaron sus ojos y se abatió inerte la cabeza. ¡Pobre! Sobre el lecho mortuorio albeaba la alianza de sus manos exangües, y eran otras flores entre las azucenas y los lirios.

Entonces fué cuando resurgieron con nuevo vigor aquellas historias fabulosas, y el pueblo, olfateando un crimen, quiso tomar en el viejo venganza. Fué precisa la intervención de las autoridades, y médicos forenses se dispusieron á practicar la autopsia. Pero antes el viejo, á quien todos juzgaron loco porque pasó el día llorando, envuelto el rostro en una camisa de la muerta, se suicidó, disparándose un tiro en el pecho.

—¿Y cuál fué el resultado de la autopsia?—interrogaron á la vez todos los contertulios.—

Raúl, gozándose en retardar la tensión del interés engendrado por su historia, sonriendo equívocamente dijo al fin:

—La niña no había sufrido nada en su virginidad... No obstante...

El estudio antropométrico del suicida acusó: el mentón, saliente; los bellos finos, las aletas de la nariz, vibrátiles, y el pabellón auricular, levantado.

Alfonso HERNANDEZ-CATÁ.



DOS SONETOS

Para MEFISTÓFELES

I

Soy un sultan poeta. De todas las cautivas de mi harém, una sola con su esplendor me ciega; belleza luminosa de noble extirpe griega y manos á los juegos de amor jamás esquivas.

Sin mas velo que el oro de sus trenzas lascivas á mis trémulos brazos, ébria de amores, llega, y á mis labios sedientos de codicia entrega de sus mórbidos senos las rojas rosas vivas.

Arde en los pebeteros la mirra lentamente. Tiembla de amor el hilo de plata de la fuente, perturbando la calma del paisaje dormido...

Los labios á los labios besan voluptuosos, mientras tras los antiguos tapices, envidiosos, —los pálidos eunucos murmuran al oído.